

EL FIN DE LA LUZ

Ahora que se inicia el tránsito, ahora que vuelvo hacia el vacío de donde partí, al fin veo la imagen de aquel tren llegando a la estación.

Mi madre lo evocaba con una sonrisa: “ese día te diste la vuelta completa, lo noté allí mismo, enseguida me llevaron al hospital, no había duda de que ibas en serio”. El 28 de diciembre de 1985, *maman* salía de la mercería Moderne en el Boulevard des Capuchines cuando sintió el antojo de tomarse un chocolate con churros en el Gran Café. Nada más pasar la puerta giratoria se sintió indispuesta y si no llega a ser por el oportuno brazo de una joven señora que la agarró, habría acabado en el suelo. Entre la joven y un hombre de grandes mostachos la bajaron al salón indio y la recostaron en una *chaise longue*; le mojaron los labios con agua de azúcar y se quedaron a su lado. Estuvo tumbada no se sabe cuánto, hasta que al abrir los ojos vio horrorizada cómo una locomotora de tren se le venía encima. Lanzó un grito y en ese momento yo empecé a voltearme y a dar patadas. Aquella tarde de invierno del día de los santos inocentes, se produjo el nacimiento oficial del cine. Las personas que ayudaron a mi madre resultaron ser Leon Gaumont, por aquel entonces uno de los directores de la compañía general de fotografía y su secretaria, Alice Guy. Las dos mujeres se hicieron muy amigas y cuando tía Alice convenció al señor Gaumont para que le dejara filmar su primera película, “El hada de las coles”, mi madre cosió el vestido del hada y ayudó en todo lo que pudo. Si algún día ven la peliculita, fíjense, soy el primer bebé que sale de un repollo, el que se pega un buen golpe cuando la supuesta hada, Madame Delafoi, nuestra vecina, lo deja en el suelo. Sí, ahí estaba yo, en una de las primeras películas de ficción de la historia del cine. Y eso marca.

Vivíamos en el centro de París, la capital de la modernidad, con sus coches de caballos, su metro recién inaugurado y su miríada de transeúntes paseando arriba y abajo por los bulevares. Jugaba a los barcos en el jardín de las Tullerías y una vez subí a la noria de la avenida Haffler, que luego demolieron. A veces íbamos al mercado, a Les Halles, el estómago de París, pero lo mejor era cuando me llevaban a la Cité Elgé, a la fábrica y a los estudios, al lado del parque de Buttes-Chaumont. Fueron los estudios de cine más grandes del mundo antes de la guerra. Allí tía Alice rodaba sus películas y casi siempre me dejaban a mi aire, correteando entre los actores y curioseando por todos lados. La tía era incansable, lo mismo daba órdenes al reparto que pintaba el celuloide de colores fotograma a fotograma; siempre estaba de buen humor. Un día me invitó a participar en la filmación de una fonoescena, aunque siendo sincero, debo decir que no le quedó más remedio. Habían acabado de maquillar a Armand Dranem, un cómico de lo más gracioso. Estaba imponente vestido con un traje de seda y una trenza larga que le caía por la cintura. Practicaba el movimiento de los labios para la sincronización y por mucho que traté de llamar su atención tirando de su chaqueta, no me hizo ni caso. ¡Yo también quería vestirme de chino! La tía, por supuesto, se negó, así que

monté una buena pataleta hasta que el propio Dranem comenzó a gesticular y a estirarse los párpados con los dedos para hacerme reír. Era un hombre simpático. “De tanto llorar se le han puesto ojitos de chino, déjele estar, parecerá mi ayudante”, y así fue como la convenció. Desconozco si la pieza permanece incluida en el catálogo de Gaumont, pero si lo está, fíjense bien, aparezco al fondo de la toma durante unos segundos, justo antes de que una mano me saque de cuadro.

A pesar de mis travesuras, mi madre se quedó a trabajar en los estudios confeccionando vestimentas para las películas de la compañía, y yo me aficioné al parpadeo de las imágenes y al olor a celuloide. Antes de que la tía se fuera a los Estados Unidos me colocó de asistente de uno de los camarógrafos de la casa y me hizo jurar que siempre cuidaría de mi madre.

Era feliz observando el mundo tras el visor de la cámara cuando, de repente, a finales de julio de 1914, se declaró la guerra. El ejército movilizó a toda la profesión. Yo era apenas un aprendiz, pero los veteranos me acogieron con cariño, me enseñaron algunos secretos del oficio y me aleccionaron sobre la importancia de la cinematografía como testigo de la realidad. Un año más tarde partiría hacia el frente con la cámara, el trípode y la bobina a la espalda, y en el bolsillo el bloc de rodaje. Tuve suerte, me tocó un sector en calma. Con el permiso de los oficiales me dediqué a organizar pequeñas ficciones con soldados que se entretenían siguiendo mis instrucciones. Les hacía arrastrarse por tierra, pelearse, desfilar... Emulaba en lo posible a tía Alice y dirigía con ganas la puesta en escena de mis pequeñas filmaciones. ¡Tía Alice! ¿Cómo le iría en su estudio de Nueva Jersey? ¿Tendría una compañía de actores tan entusiasta como la mía?

Meses después me mandaron a filmar una ofensiva de verdad. Ya nada fue lo mismo. Tirado en la trinchera elevaba el trípode y giraba la manivela muerto de miedo, mientras las balas silbaban alrededor. Fueron días interminables, imágenes de pesadilla.

Ahora he vuelto a la ciudad con un permiso; me siento fuera de lugar. Camino cabizbajo con las manos en los bolsillos y un pitillo colgado en los labios. Muy cerca, mientras la gente bebe en las terrazas de los cafés, hay hombres que mueren. En el parque, veo a una joven encinta que empuja un cochecito de bebé y a una niña agarrada a su brazo chupando un pirulí. Es una estampa propia de las primeras películas de mi tía. La niña me sonríe, pero desvió la mirada. Evadirse, huir, esquivar la realidad de la guerra, de una guerra que nunca acaba. Me pregunto si tiene algún sentido filmarla. Quizá esté demasiado cansado. Entro al cine Rex, me siento en una butaca y cierro los ojos.